



—Una obra solamente, «Alma en tormento», que estrenaron Josefina Díaz Artigas y Santiago Artigas en el Reina Victoria, de Madrid, el año 1928.

—¿Cultiva usted el género periodístico?

—Desde siempre. Mi primer artículo apareció en «La Corres-

pondencia de España», en 1919. Ejercí la crítica de libros en el diario «La Nación», en 1925. Y durante veintitantos años en el hoy desaparecido diario «Madrid», siendo director y fundador del mismo Juan Pujol. Y desde 1925 hasta hoy, en otros periódicos y revistas nacionales.

En la «Hoja del Lunes» ma-

drileña escribe asiduamente, en colaboración con Díaz-Cañabate, en la sección «Madrid y su porte». Fue colaborador de los diarios «ABC» y «La Vanguardia». Ha pronunciado nu-

durante trece años fue comentarista de temas deportivos y literarios de la revista «Semana».

—¿Se considera también hombre amante del deporte?

—¡Ya lo creo! Fui extremo iz-

nato, con el número 13; pero el próximo que me extiendan llevará el número 9. Por los años 1918 y 1919 corrí en las competiciones deportivas organizadas por la Sociedad Gimnásti-

Madrugando mucho y trabaja incansablemente

En frases de García Sol, en su prólogo al libro de Leopoldo de Luis sobre Vicente Aleixandre,



Madrid, 10 de enero de 1967. Inauguración del monumento al Oso y al Madroño en la Puerta del Sol. Don Federico, leyendo el pregón en presencia de numerosas personalidades municipales y nacionales. En la foto puede verse asimismo al marqués de la Valdevia y al pintor Antonio Casero, entre otras más

meras conferencias. Por espacio de ocho años dirigió la sección de teatro del Ateneo madrileño, en la época en que era presidente del mismo centro Andrés María Mateos. Y

quiera del Real Madrid Club de Fútbol en una época en que todos los gastos corrían por cuenta de los que jugábamos a tal deporte. Poseo carnet de dicho club, de compromisario

ca Española. Eran tiempos heroicos para el deporte español. El fútbol lo abandoné a los veinte años de edad, cuando empecé a usar lentes graduados para la vista.

don Federico Carlos Sáinz de Robles es un hombre «titánico y generoso». Dos adjetivos que en verdad le definen con exactitud.

Estudió latín y griego, len-

Homenaje a Sáinz de Robles en el restaurante Biarritz, de Madrid, el 22 de octubre de 1949. Fotografía histórica. De izquierda a derecha, sentados, Luis Fernández Ardevín, Víctor Ruíz Iriarte, Serrano Anguila, Federico Carlos Sáinz de Robles, José Antonio Zunzunegui, Rafael Morales, José García Nieto y otra persona cuyo nombre sentimos no recordar. De pie, también de izquierda a derecha, Valentín Guitérrez de Miguel, Joaquín Suñol, Andrés Revesz, Enrique Osete, Manuel Aguilar, Francisco Loredó, Antonio Buero Vallejo, Luis Esteban Aldecoa y Pedro Álvarez Fernández.



guas que conoce a fondo, y parte de la carrera de Filosofía y Letras en los ocho años que permaneció en el Seminario Menor de Madrid. A tal efecto recuerda:

—Hice el bachillerato en el Instituto Cisneros, y el resto de Filosofía y Letras, y la carrera de Derecho en la Universidad Central. En 1922 fui pasante del abogado don Angel Osorio y Gallardo; en 1923, de don Felipe Sánchez Román. No obstante, nunca practiqué la abogacía por mi cuenta, pues puedo decir que lo hice en «tono menor».

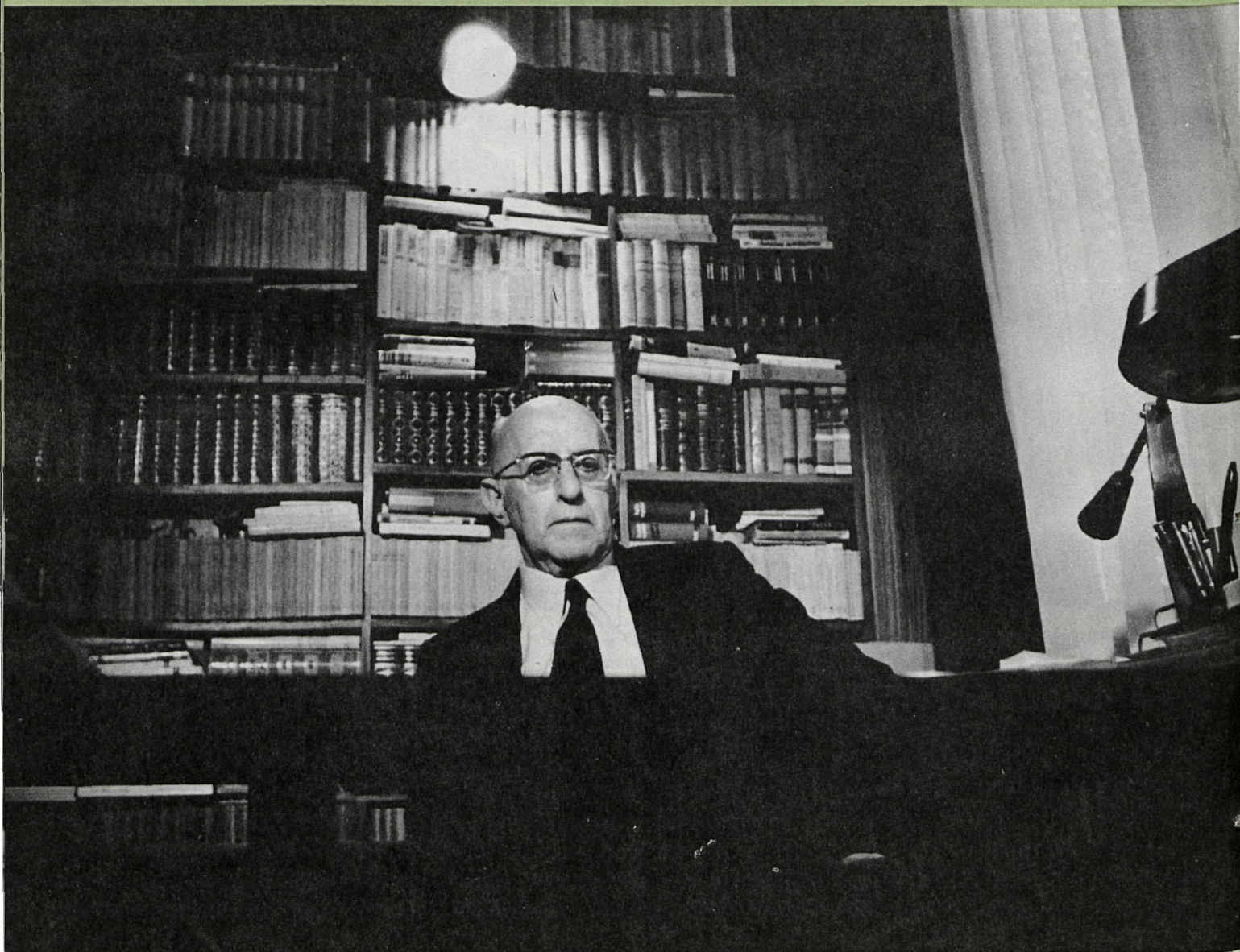
Es uno de los españoles que

más libros han leído en su vida. En su casa hay libros por todos los rincones. Suele levantarse a eso de las seis de la mañana en todo tiempo, y trabaja incansablemente durante las horas de cada día.

Sáinz de Robles nació en Madrid, en el número 49 actual de la calle de Goya, el día 3 de septiembre del año 1898. Su padre, don León, era oficial mayor del Excelentísimo Ayuntamiento y jefe de la Beneficencia Municipal de Madrid; soriano. Su madre, doña Elvira, granadina. Ambos fallecieron. Fueron en su casa seis hermanos, de los que solamente vive él.

Colaborador de esta revista CISNEROS, que hoy se honra en traerle a sus páginas, pertenece a la generación de intelectuales del 98, siendo contemporáneo de Dámaso Alonso, Vicente Aleixandre, Luis Calvo, Antonio Díaz-Cañabate, Federico García Lorca, etc.

Isidoro
PENIN CASTILLO



La del Real Sitio de Aranjuez

● Por su proximidad a la capital de España —a cuarenta y nueve kilómetros de Madrid—, por ser Real Sitio, por su maravillosa topografía, con jardines de ensueño, palacio delicioso y monumentos extraordinarios, un río poético y fuentes preciosas, Aranjuez, ya famoso en la historia desde que en tiempos de Aníbal su lugar se llamó *Arankey*... Aranjuez, histórico y artístico, especie de Versalles español, como La Granja; inspiración de poetas, pintores —Rusón— y músicos —Maestro Rodrigo y su célebre «Concierto»— es uno de los lugares más interesantes de la provincia y de España. Tiene empaque, señorío, melancólica belleza, pátina de siglos, finura de madrigal. Y por ser más auténticamente ibérico, tiene su plaza de toros. Allá por los finales del siglo XVIII, tiempo de los paisajes de abanico de Watteau, el Real Patrimonio de España construyó en 1796 la plaza para fiestas taurinas. La construcción duró aproximadamente un año, pues fue inaugurada en 1797. Treinta años después, la propiedad del edificio fue cedida al Ayuntamiento, y el año 1851 se realizaron grandes obras de restauración. La plaza de Aranjuez, que hoy tiene cabida aproximadamente para diez mil espectadores, conserva semejanza con la vieja plaza que Madrid tuvo en la Puerta de Alcalá. Esta plaza tan histórica de Aranjuez ha tenido, desde su fundación, hace cerca de dos siglos, señalados avatares, pues también en 1881 se realizaron nuevas e importantes reformas. Pero sigue siendo, como todos o casi todos los recintos taurinos antiguos, de regular comodidad, circunstancia que forzosamente se da en toda esta clase de construcciones del pasado, como sucede incluso en algunos accesos de la preciosa plaza de Sevilla. Ello, sin embargo, se equilibra con valiosos factores que destacan en plazas de solera, como ocurre con la de Ronda, con la Real Maestranza sevillana, con alguna otra del amplio panorama taurino español. Modelo de edificaciones del género puede ser, como muy señalada, la nueva plaza de toros bilbaina, construcción fenomenal, funcional, comodísima; pero seguimos amando estas viejas fábricas taurinas, llenas de sabor, de historia, de viejas poesía torera, de anecdotario plural.

● Si, como decía «Joselito», el que no ha visto toros en Puerto de Santa María no ha visto torear; si la fiesta de toros tiene en el histórico ruedo de la Maestranza pátina gloriosa, también ver toros en Aranjuez significa un encuentro magistral. De ahí que cuando llegan las fiestas de San Fernando, el 30 de mayo, o las jornadas septembrinas, Aranjuez atrae amorosamente la atención de la capital, y también de los pueblos de la provincia; y lo que es Sitio Real, jardines de ensueño, riqueza arquitectónica, se ve invadido de público; y la corrida en su vieja plaza de toros es punto de cita de la afición. Un día de

toros en Aranjuez es simbiosis de muchos atractivos, desde el marco de la fiesta al ambiente, al clima encantador. Los toros completan allí lo hechicero de la ciudad y la belleza del cuadro predispone ardientemente al visitante aficionado. Son múltiples encantos los que se juntan para una jornada feliz. Lejos quedó —aunque cerca también— la metrópoli con sus ruidos y su tráfago de inmensa capital, y el visitante se encuentra como en un paraíso de flores y de fuentes, bajo un cielo azul de Murillo y en los oídos, misteriosamente, la armonía graciosa de un minué...

● Sería muy dilatado traer aquí vicisitudes toreras de este ruedo de la provincia madrileña; esta plaza de Aranjuez que es, con el caserío y sus jardines, algo así como la cancela de Madrid. Pero digamos siquiera que tras las importantes reformas en la plaza durante 1851, se ofreció una interesante corrida, quizá como celebración de aquella labor de acondicionamiento del coso taurino; éste contaba ya, por aquel entonces, algo más de los cincuenta años. En el festejo subsiguiente a las obras se lidiaron tres toros de la ganadería de Justo Hernández y tres de Diego Barbero. Hablaremos un poco de los espadas que actuaron en aquella función: Un sevillano, un torero de castilla y un cordobés. La terna la componían Juan León, Julián Casas («Salamanquino») y Antonio Luque («Cámara»), al que se considera como fundador de ese alias o apodo tan popular en la historia del toreo. Julián Casas, de apodo «Salamanquino», porque había nacido en Béjar, como en el caso posterior, tantos años después, de Ignacio Sánchez Mejía, empezó a estudiar Medicina y dejó la ciencia por el arte de lidiar toros. Dicen letras antiguas que fue torero valiente y dominador. Además, persona muy agradable por su cordialidad, cultura y buen trato. Tuvo días brillantes y tuvo un epílogo profesional muy melancólico. El 25 de enero de 1878, con motivo de celebrarse las bodas del Rey Don Alfonso XII con su prima la Infanta María de las Mercedes —la linda sevillanita que habría de morir en flor— hubo corrida regia en Madrid. Actuaron nada menos que diecisiete lidiadores, entre ellos, Julián Casas, ya sexagenario; se había ofrecido desde su retiro para tomar parte en el acontecimiento. Pero al diestro salmantino le fallaron las fuerzas, y tras pinchar varias veces a su enemigo, cayéndose en dos, vio, con tristeza y coraje, cómo —previa humanitaria orden del rey— se llevaban al toro al corral... Hay que recordar que Julián Casas había sido físicamente poderoso y consta que, en plena madurez de su vida, saltaba limpiamente al callejón desde el ruedo sin tocar la barrera ni con las manos ni con los pies... ¡Así se eclipsan las fuerzas de la vida! En cuanto a Juan León ya no estaba en 1851 en el auge de su ca-

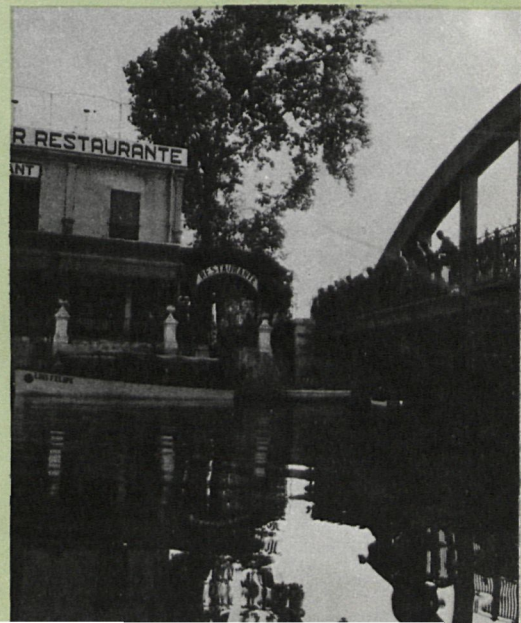
rrera; retirado en 1847, había vuelto para una etapa menos brillante, en busca de un pasable bienestar para su familia, pues había sido desordenado, manirroto... De él se acordarían los flamencos madrileños cuando cantaban por «caracoles»:

«...y al café de "La Unión",
donde paran "Curro Cúchares",
el "Tato" y "Juan León"..."»

A partir de esa actuación del sevillano en Aranjuez, se puede decir que su estrella se extingue rápidamente. Se retiró a vivir, a morir, a la ciudad de Utrera, tres años después, en 1854. Por cierto en aquella su corrida de Aranjuez fue cogido sin graves consecuencias...

● Muchas figuras del toreo, a través de los tiempos, han ido pasando por esta plaza de la provincia madrileña. Plaza que tiene el encanto de hacer pensar en tiempos idos, en jornadas brillantes, mezclada la realeza y el pueblo en conjunción de aficiones. Con algo de imaginación, cerrando los ojos, puede uno pensar lo que sería una tarde de toros en Aranjuez, en la dorada primavera, en los azucarados días de septiembre. Fuentes, flores, mármoles, nobles piedras, historia eternizada, fresas, y «un aire de pausados giros», como en el poema de Rubén. Hoy día, a pesar de los cambios de la vida moderna, Aranjuez y sus corridas tradicionales representan un atractivo total, y se llega al Real Sitio como se iría a un jardín de ensueño... Paseo matinal entre jardines únicos, rumor de fuentes con música diversa, una luz entre azul y dorada entre los árboles, y al florecer la tarde, ¡toros!... Toros en la histórica e ilustre Plaza de Aranjuez.

Julio ESTEFANIA
(Fotos: Rogelio LEAL)



Sancha

A Pablo Picasso (a quien Madrid le está rindiendo el primer homenaje grande, con la Exposición de la Fundación Juan March) le preguntaron una vez en París, qué artistas habían influido en su formación, y contestó sin el menor titubeo que Ramón Casas y Francisco Sancha. Y al insistir los franceses que quién era Francisco Sancha, Pablo Picasso contestó que quien no supiese el nombre y la obra de Sancha no sabía nada de pintura.

Efectivamente. Picasso y Sancha eran paisanos, de Málaga. Sancha era sobrino del famoso caricaturista del siglo pasado: Lengo. Y acaso Lengo fue quien influyera en los primeros trabajos del artista, que vieron la luz en una revista que se titulaba «Alegria», revista en la que también colaboró el madrileño universal del cubismo que después sería Juan Gris.

Justo es decir, de entrada, que los dibujos de Sancha tuvieron desde su iniciación una gran personalidad, reconocida por críticos y directores de publicaciones. Incluso se ha llegado a decir que resultaba ser un Toulouse Lautrec matritense y bien hecho, buen tipo y elegante, de excelente percha. Por lo que respecta a su obra y la de Toulouse Lautrec, cierto que reflejaba una época de la Villa y Corte, de aquella Corte de los Milagros que después Valle-Inclán pasara por los espejos cóncavos y convexos del callejón del Gato.

el Toulouse Lautrec matritense

- ***Influyó en la formación de Picasso y Solana.***
- ***El dibujante español de más popularidad en el primer cuarto de nuestro siglo.***
- ***«Quien no conozca su nombre no sabe nada de pintura», dijo una vez Picasso.***
- ***Sin embargo, hoy es un olvidado, un gran desconocido.***



Autorretrato de Paco Sancha

Y maticemos, pues, que el trazo recio de sus dibujos, la fuerza del color, ya señalaban a Francisco Sancha como gran pintor. Al Paco Sancha renovador de la caricatura española, y cuya influencia en el dibujo llegó por entonces hasta el propio Solana. No se puede hablar de José Gutiérrez-Solana, sin mencionar a Francisco Sancha. Los que lo han hecho o lo hacen son unos obtusos. Denunciémoslo claramente una vez más.

En sus fondos de arrabales matritenses se aprecia al gran pintor. Un pintor que, ironías de la suerte, lo que más le rindió crematísticamente fueron los dibujos.

PRIMERO Y SIEMPRE: MADRID, LUEGO LONDRES

Su biografía aquí (todavía no tiene la extensa y profunda que se merece, y quisiera yo ser su vindicador vital, sin tardar mucho tiempo) trazémosla apuntando solamente que el padre de Sancha era de origen italiano, arquitecto e ingeniero de Caminos, también precursor y proyectista y realizador de la traída de aguas a Torremolinos, visionario de la actual Costa del Sol, cuya gloria póstuma está perpetuada en un paseo del mismo Torremolinos y un monte malagueño que llevan el nombre de José María de Sancha. La madre de Paco Sancha era María Antonia Lengo, hermana del notable y malogrado pintor y caricaturista Horacio Lengo (1840-1890), que, a su vez, se-

ría discípulo de Martínez del Rincón, en Málaga, y de León Bonnat, en París.

Todavía un hermano de Paco Sancha que vivía en Vigo hace tres años (contando la edad de noventa y ocho), llamado Luis, decía en 1974: «Se podría decir que mi hermano Paco nació con un lápiz en la boca y que, cuando empezó a andar, lo primero que buscó fue un cuaderno para dibujar, pues ya en Málaga durante nuestra infancia dibujaba sin descanso».

Málaga, Vigo (tres años, y muerte del padre en la ciudad gallega), retorno al punto de origen con estudios irregulares de asistencia a la Escuela de Bellas Artes de San Telmo, y traslado definitivo a Madrid con sus hermanos Luis y Tomás (este último también dibujante

y caricaturista que con el nombre de «Lengo» firmaría, pero moriría joven). Alumno de Moreno Carbonero en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, comienza ya a colaborar en las revistas madrileñas del siglo en embrión («La Vida Literaria», «Madrid Cómico», «La Revista Moderna», entre otras). Y a los veintitrés años se presenta por primera vez a la Exposición Nacional de Bellas Artes. Lo hace con una colección de caricaturas a la pluma y al pastel que merecen mención honorífica. Su nombre comienza así a sonar, en aquella vida matritense de las publicaciones y los medios artísticos y literarios. Renovadoras caricaturas a personalidades de distinto relieve van granjeándole amistades y demás conocimientos. Inquieta biografía,

«Los traperos» (ilustración para la revista «Blanco y Negro»)

